

**AGOSTO 2015**

## **Argentinos trascendentes: La asunción del papa Francisco**

*Por Guillermo J. Fogg, Jorge Castro, Luis McGarrell  
y Eduardo Horacio García*

### **Introducción**

El Grupo de Trabajo de Ceremonial y Protocolo del Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI) tiene como objetivo analizar y evaluar, mediante el intercambio de informaciones y debates, las normas y prácticas del Ceremonial y el Protocolo de la República Argentina, otros países y de organismos internacionales, considerando su evolución actual y sus perspectivas futuras.

Estudia en particular casos que puedan servir como referencia, así como mejoras que podrían introducirse tanto en el plano del sector público como en entidades privadas, y sugiere pautas para su perfeccionamiento.

El Grupo de Trabajo reúne a personas que cuentan con los conocimientos y las experiencias que les permiten realizar aportes para el cumplimiento de dicho objetivo.

Para ello, se llevan a cabo conferencias, jornadas y seminarios que desarrollan temas de interés, correspondientes a los distintos sectores que deben aplicar el Ceremonial. Éstos corresponden a diversos ámbitos de gobierno (nacional, provincial y municipal), la diplomacia, las empresas, otras instituciones y al público en general.

El Grupo de Trabajo de Ceremonial y Protocolo del CARI realizó en su sede en Buenos Aires, durante el año 2013, dos exitosas jornadas: sobre la entronización de Guillermo Alejandro y Máxima en el Reino de los Países Bajos y la asunción

\* Jornada "La Asunción del Papa Francisco" llevada a cabo en la sede del CARI el 1° de octubre de 2013

del papa Francisco.

Considerando la importancia de las mismas, mediante la publicación de las disertaciones ofrecidas en tales jornadas, el Grupo aspira a hacer trascender su contenido llegando al público en general.

Finalmente, expreso mi agradecimiento a los distinguidos disertantes de la jornada “La asunción del papa Francisco”, al compilador de la obra doctor Guillermo Stamponi, a José Mario Modugno por el diseño de tapa y la diagramación, a la licenciada María Lafage (Coordinadora de Actividades Académicas del CARI), al señor Marcelo Iglesias (Asistente de la Secretaría Académica del CARI) y a Juan Salvador Calegaris.

Guillermo J. Fogg  
Coordinador

**Impacto de la asunción del papa Francisco.**  
Por Jorge Castro, ex Director del diario El Cronista Comercial. Ex Secretario de Planeamiento Estratégico de la Presidencia de la Nación. Presidente del Instituto de Planeamiento Estratégico.

Agradezco al Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales por permitirme participar de esta importante jornada sobre el significado de la asunción del papa Francisco Jorge Mario Bergoglio como nuevo Pontífice de la Iglesia Católica.

Los conceptos políticos tienen su fundamento en categorías teológicas. En la semana de haber sido designado Sumo Pontífice de la Iglesia Católica, Jorge Mario Bergoglio dijo que hay que caminar, edificar y confesar. Eso es propagar la fe. Edificar significa construir y para eso lo esencial es buscar la unidad y desechar los conflictos, como la mejor forma, no de evitar los conflictos, sino de solucionarlos. El núcleo del pensamiento de Jorge Mario Bergoglio, ahora el papa Francisco, es el siguiente: ante todo la primacía y la reivindicación de la política. Bergoglio habla de que “poner en vigencia lo político es garantizar la unidad de la Nación,

amenazada por la discordia y la enemistad interna [...]. Es retomar el horizonte de la síntesis y de la unidad nacional. [...] La política es unidad y búsqueda del acuerdo en lo esencial. Sin ella, la identidad nacional está en riesgo de desintegración, e incluso es frágil y transitoria la vida social” (*Necesidad de una antropología política: un problema pastoral*, 1989). Por eso es que Bergoglio dice que la unidad de una sociedad se funda en el esfuerzo solidario convertido en tarea habitual y constante por superar lo momentáneo y divisible. El sentido de la política, dice Francisco, no es la reforma de las instituciones o de las estructuras, sino la búsqueda de la unidad y de la concordia interna, que a su vez es el único camino que permite reformar las estructuras.

Francisco Jorge Mario Bergoglio, en su reciente viaje a Brasil, lanzó lo que puede considerarse el nuevo mensaje de la Iglesia Católica latinoamericana en el continente: “Todo nace de una particularidad y es la respuesta a un desafío específico históricamente situado”. El dato central de América Latina –y en especial de Brasil– que encuentra Francisco Jorge Mario Bergoglio en su visita es el siguiente: en los últimos treinta años la Iglesia Católica de América Latina ha perdido más de setenta millones de fieles, prácticamente en su totalidad

integrantes de los sectores medios y pobres de la sociedad latinoamericana que se han volcado en masa a las comunidades evangélicas, especialmente pentecostales. Brasil, país con mayor número de católicos en el mundo, es el epicentro de este fenómeno de éxodo social, cultural y religioso que es el rasgo principal de la experiencia católica latinoamericana en el período posterior al fin de la Guerra Fría a partir de 1991 y del despliegue de la globalización. Son cuarenta millones los brasileños pobres y excluidos que han abandonado la Iglesia Católica en este período. Esto ha ocurrido cuando el signo de la Iglesia en América Latina ha sido hondamente sociológico, colocando de manera inequívoca en el centro de sus esfuerzos y prioridades la opción preferencial por los pobres, en el sentido económico-cultural, hasta alcanzar inclusive características de praxis política-social a través de la denominada teología de la liberación. La situación católica de América Latina en los últimos treinta años se puede resumir en estos términos: la Iglesia latinoamericana ha optado por los pobres de la región en el sentido sociológico del término y éstos, con posterioridad, han optado en masa por las comunidades evangélicas. La

conciencia de esta crisis llegó en el Documento de Aparecida, redactado entre el 13 y el 31 de mayo de 2007 por una comisión presidida por el entonces Cardenal Primado de la Argentina, Jorge Mario Bergoglio, S. J. Este documento se ha convertido en el programa de acción pastoral, cultural y religiosa del nuevo papado que encabeza Francisco Jorge Mario Bergoglio. El objetivo, ahora, no es un mensaje de carácter sociológico, sino hondamente religioso. Ya no se trata de la identificación de la Iglesia con un determinado sector social, una categoría específica dentro de la estructura socio-económica. La prioridad es ahora la conversión de la vida de los individuos, identificados como personas y, en cuanto tales, dotados de infinitud, de un modo intransferible, particular, irremplazable, imposible de subsumir en universalismos abstractos, propios del iluminismo histórico del siglo XVIII.

Dice Bergoglio en el Documento de Aparecida: “Se abre paso un nuevo período de la historia con desafíos y exigencias, caracterizado por el desconcierto generalizado que se propaga por nuevas turbulencias sociales y políticas, por la difusión de una cultura lejana y hostil a la tradición cristiana, por la emergencia de variadas ofertas religiosas, que tratan de responder, a su manera, a la sed de Dios que

manifiestan nuestros pueblos”. Advierte el documento que la mayor amenaza para la Iglesia Católica en América Latina es la primacía de un gris pragmatismo institucional y burocrático que esconde, bajo una aparente normalidad, la conversión de la fe en mezquindad, sin advertir que la fe se desgasta. El Documento de Aparecida señala específicamente sobre el problema del éxodo de los pobres que abandonan la Iglesia Católica en el contexto latinoamericano: “La fe sólo es adecuadamente profesada, entendida y vivida, cuando penetra profundamente en el sustrato cultural de un pueblo”. Por eso, la primera e inexcusable pregunta que debe responder la Iglesia Católica latinoamericana es la siguiente: ¿Por qué setenta millones de pobres y excluidos la han abandonado en los últimos treinta años y se han volcado a las comunidades evangélicas? ¿Por qué en Brasil, el país con mayor cantidad de católicos en el mundo, son más de cuarenta millones los fieles, sobre todo pobres y excluidos, los que han salido de la Iglesia? ¿Por qué Centroamérica, con eje en Guatemala, es hoy una realidad mayoritariamente protestante y evangélica, cuando era fervorosamente católica treinta años atrás?

El éxodo masivo de los pobres latinoamericanos, nos dice Aparecida, no se debe a lo que los grupos evangélicos creen sino a lo que viven. En el punto 225 de Aparecida, denominado “Los que han dejado la Iglesia para unirse a otros grupos religiosos”, se afirma que esta fuga no es obra de razones doctrinales, sino vivenciales. Son experiencias de vida las que están en juego, no es un rechazo a la teología o al dogma católico lo que ocasiona este éxodo multitudinario, nítidamente vinculado a las condiciones sociales de los renunciantes: son los pobres los que se van. Este éxodo está vinculado a los aspectos pastorales y metodológicos que son responsabilidad exclusiva de la Iglesia. Por eso es que lo que está en crisis en la Iglesia latinoamericana es ese gris pragmatismo que esconde, bajo una aparente normalidad, su conversión en mezquindad y que incluso se manifiesta en términos de praxis política social bajo la forma de teología de la liberación.

El caso de Brasil es extremadamente significativo. Los evangélicos son mayoría entre los jóvenes de dieciocho a veintinueve años, entre las mujeres y en la población urbana de las grandes regiones metropolitanas (San Pablo, Río de Janeiro y Belo Horizonte), así como en las comunidades negras, mulatas y pardas, que se estima constituyen aproximadamente el 50% de

la población brasileña del segmento inferior de la estructura social. Los discursos fundamentales de Francisco en su viaje a Brasil fueron ante los obispos brasileños, ante las élites de Brasil reunidas en el Teatro Municipal de Río de Janeiro, élites empresaria, intelectual, científica y académica.

A los obispos les dijo Francisco con una claridad surgida de su aprendizaje de la fuente de San Ignacio de Loyola: “El papel de la Iglesia es el de quebrar las fracturas, es el de actuar como puente de unión y de integración”. La mayor fractura que existe en la sociedad brasileña proviene de antes de la independencia: es la creada por la esclavitud. La sociedad brasileña tiene una fractura de fondo, en la cual la comunidad negra, mulata y parda se han asimilado a los sectores más pobres y excluidos del país. Esta sociedad brasileña es la que se ha volcado en masa a las comunidades evangélicas. Por lo tanto, el rol de la Iglesia es precisamente –y por eso les señala el papel crucial que tiene Nuestra Señora Aparecida– el de actuar como centro y eje de un proceso de integración nacional de la sociedad brasileña, comenzando desde abajo hacia arriba. Les recuerda a los obispos brasileños que el Santuario de Nuestra Señora de Aparecida se encuentra precisamente en el

punto intermedio entre Río de Janeiro –la capital imperial–, San Pablo –a la que llama “el Brasil emprendedor”–, Belo Horizonte –las riquezas mineras– y Brasilia –la capital política–. Nuestra Señora de Aparecida, subraya Francisco Bergoglio, es una virgen negra. A los integrantes de la élite de Brasil reunidos en el Teatro Municipal de Río de Janeiro, les recuerda que las élites brasileñas, incluyendo a la conducción de la Iglesia Católica, son por definición blancas.

Se ha afirmado que los designios del Señor tienen el mismo sentido e igual contenido que el plan de la tierra, esto es el desarrollo de los acontecimientos del proceso histórico. El plan de Dios se basa en la premisa de que la categoría básica de la fe cristiana es la de la encarnación y que la fe que le interesa es la que se desarrolla dentro y a partir del proceso histórico. Esto significa que Jorge Mario Bergoglio es el primer Papa elegido fuera de Europa y perteneciente al continente americano, lo que incluye no solamente a América Latina sino también a los Estados Unidos. Es notorio el papel decisivo que, en la designación de Francisco como Supremo Pontífice de la Iglesia Católica, tuvieron el grupo de nueve cardenales norteamericanos, encabezado por el Arzobispo de Nueva York y Primado de la Iglesia Católica estadounidense, cardenal Timothy Dolan.

Bergoglio es, además, el primer jesuita que asume el papado. Característica de los hijos de San Ignacio es su alta intelectualidad y sentido misionero, lo que llevó a construir las misiones jesuíticas en el Paraguay y a desarrollar el camino de la evangelización en China, encabezado por Francisco Javier y Matteo Ricci.

En síntesis, el mensaje de Bergoglio Francisco en su reciente viaje a Brasil surge, como todo lo que se refiere al desarrollo de la fe y una situación particular surgida de un momento histórico intransferible, en un país determinado y en un continente de ciertas características. Ese continente es América Latina, con epicentro en Brasil, donde el problema principal que enfrenta la fe es el de transmitir un mensaje religioso y no sociológico, vinculado a la transformación como experiencia de vida de los individuos considerados como personas, todo esto dentro de un movimiento de acción y de ascenso de carácter comunitario. Muchas gracias.

Símbolos papales. El escudo del papa Francisco. Por Luis Mc Garrell, especialista en Heráldica. Miembro de Número de la Academia Argentina de Ceremonial.

Muy buenas tardes. Agradezco al Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales la posibilidad de transmitir algo que, luego de las interesantes palabras del doctor Jorge Castro, es como escaparse a un lugar sin tiempo o, mejor dicho, vincularse con un fenómeno que tiene más de ochocientos años en Occidente y cuyos orígenes los podemos encontrar desde que el hombre se organizó en comunidad. Es el tema de los emblemas y de la Heráldica en particular. Por supuesto, al lado de las palabras de Jorge Castro que nos llevan a otras realidades, esta materia puede parecer hasta banal, pero la historia nos dice otra cosa. Hoy el valor del símbolo está fuera de discusión. Haré entonces un viaje, no a vuelo de pájaro sino de águila por lo escaso del tiempo, sobre la emblemática del papado, para finalizar con la descripción del escudo del actual Romano Pontífice, nuestro papa Francisco.

Proyectaré una serie de imágenes que nos irán guiando a través de esta historia. Aquí se observa, en un manuscrito de 1313, un león (llamado de Viterbo) sosteniendo una bandera, símbolo del papado. Es esta una de sus primeras manifestaciones emblemáticas. Vemos la bandera con el fondo colorado y sobre éste las llaves, en número de cuatro.

En un manuscrito miniado de la obra *La divina comedia* de Dante Alighieri, de 1444, se observa

al Papa sosteniendo una bandera o vexilo con la representación de lo que ya se consideraban emblemas papales: las dos llaves de San Pedro, sobre un fondo colorado. Las llaves fueron indistintamente de oro y de plata o combinadas, doradas y plateadas.

Quisiera detenerme para comentarles que la emblemática y la Heráldica en particular se manejan con conceptos, con arquetipos, pero con cierta amplitud. Digo esto porque, en el desarrollo de la charla, veremos en las imágenes cómo la forma de los escudos y emblemas puede tener ciertas variaciones que se corresponden con los diferentes momentos históricos y artísticos (arte medieval, Renacimiento, Barroco, etcétera). Lo que no cambiará es el concepto. La emblemática tiene que ver con el concepto, pues transmite ideas. Un león puede ser representado más estilizado o más natural, con más o menos detalles, pero siempre será un león y transmitirá con mayor o menor énfasis la idea de fuerza, de realeza, de majestad.

En un manuscrito alemán observamos el escudo de la Iglesia junto al del papa Piccolomini, donde apreciamos la tiara papal con las tres coronas. Vemos al papa León III coronando al emperador Carlomagno, llevando una mitra al estilo episcopal,

constituida por un círculo horizontal llamado *circulus* y una lista vertical que es el *titulus*. Este tipo de mitra será utilizada durante todo el papado en el marco del Ceremonial. Salvo en ocasiones especiales, el Sumo Pontífice no se colocaba la tiara papal, sino la mitra. Esto lo vemos aún hoy con el Santo Padre Francisco.

Cuando un Papa era coronado, se pronunciaban las siguientes palabras al colocársele la tiara: “Recibe esta tiara ornada de tres coronas, para que sepas que eres el padre de los príncipes y de los reyes, rector del orden, vicario en la tierra de Nuestro Señor Jesucristo, de quien es la gloria por los siglos de los siglos”. Después están las llaves de San Pedro como emblema papal y de la Iglesia toda, que se empezaron a utilizar aproximadamente en el siglo V. En distintos testimonios aparecía la figura de San Pedro sosteniendo una llave, dos y ocasionalmente tres.

Entrando ya en la Heráldica, podemos definirla como un sistema de reconocimiento con reglas fijas y con carácter transmisible. Es, como ya he señalado, un sistema de reconocimiento, de identidad absolutamente europeo, nacido en el primer tercio del siglo XII. En un principio tuvo un carácter militar, ya que los cambios en el equipo, con los yelmos cerrados que cubrían el rostro, impedían el reconocimiento entre un

bando y otro. Qué mejor lugar para colocar los símbolos y señales que los distinguirían que en la superficie del escudo defensivo. La diferencia con los distintos sistemas emblemáticos utilizados por las diversas civilizaciones y culturas es que éste fue hereditario, ordenándose con pocas pero respetadas reglas, lo que le dieron continuidad en el tiempo.

Los papas comenzaron entonces a utilizar este fenómeno emblemático que se dio en llamar Heráldica, lo que da la idea de la importancia que tuvo y tendrá a través de los siglos, dando por tierra con la desafortunada e inexplicable omisión de muchos historiadores del pasado y del presente. La Heráldica es sumamente amplia, transmite innumerables valores materiales y espirituales. Nos entristece esa mala fama, esa leyenda negra que la ha presentado como algo frívolo. La historia de Europa y sus antiguas posesiones no estaría completa sin esta disciplina, este arte.

La Heráldica abarcaba todo el arco de los estados sociales: primero la nobleza en sus distintas jerarquías, para luego extenderse a los burgueses, los campesinos y a la misma Iglesia. Al principio la Iglesia combatió este uso incipiente de la sociedad, dado que ella

no había intervenido en su creación. Sin embargo, más tarde la tomó y su utilización se extendió a toda la comunidad religiosa y en especial a los papas. Según datos disponibles, en el 1300 había registrados en Europa más de un millón de escudos. Debemos entender entonces que no se trataba de una cuestión elitista sino que casi rondaba con lo popular, aunque se le reconoce un cierto carácter aristocrático en el sentido más puro del término. Los papas comenzaron a usar la Heráldica porque era lo que utilizaba la sociedad. Fue tan fuerte su influencia que los papas que vivieron en épocas pre-heráldicas no podían dejar de tener, dentro de esta nueva mentalidad, sus propios escudos. Así que los “heraldizaron con retroactividad”. Esto también sucedió con personajes de la Antigüedad como el rey David, Carlomagno, Godofredo de Bouillon, etcétera.

Los emblemas transmiten múltiples significados, son un símbolo de poder y en el caso del papado, fue donde más patente se hizo esa intención. Vemos la tiara con las llaves. El observador no necesitaba racionalizarla, sino que ya comprendía que se trataba de algo relacionado con el papado. Por eso la Heráldica, que está basada en los signos, figuras, en lo gráfico, tuvo tanto auge en el Medioevo. Ello se debió a que la mayoría de la gente no sabía leer

ni escribir. De allí la importancia de la imagen. Por ejemplo, una persona que ingresaba en Notre Dame de París u otra iglesia y veía un águila, sabía que ésta simbolizaba a San Juan el Evangelista. Si observaba un personaje en las molduras podía distinguir al alquimista y así sucesivamente. La gente “leía” los símbolos. Lamentablemente, en la cultura actual nos encontramos muy alejados de estos significados y hemos empobrecido nuestra capacidad simbólica. En esta serie de ejemplos que se encuentran en la Basílica de San Pedro, en Roma, se advierten en distintas manifestaciones las representaciones de la tiara con las llaves cruzadas como símbolo del papado.

No hay que olvidar que la Santa Iglesia fue promotora del arte, una de las formas más elevadas de espiritualidad. La Heráldica constituyó una de las manifestaciones más importantes de ese arte. En todos lados aparecían los escudos de los papas. Este que observamos, por ejemplo, se encuentra en la Catedral de San Pedro de Jaca, en Aragón. En toda Europa, donde había alguna iglesia, abadía o monasterio que se encontraba bajo el patronato del papado o no, se incluían tales símbolos.

Haciendo una rápida recorrida encontramos el emblema del papa Alejandro VI, Rodrigo de Borgia (Borja), lo vemos en distintos soportes, en este caso en un plato de cerámica de Deruta. O el del papa Julio II (della Rovere), donde observamos en su escudo el famoso roble (en italiano rovere), lo que en Heráldica se denomina “arma parlante”: el apellido significa la figura que aparece en el escudo. Vemos el famoso escudo de los Medici, en este caso el de Pío IV. Una curiosidad: los Medici tenían unos elementos en el escudo como pelotas llamados heráldicamente roeles. Tras el casamiento de María de Medici con el Rey de Francia, esta familia “aumentó” sus armas poniendo las de Francia de azul, tres flores de lis doradas en el roel superior. A partir de allí, todos los Medici utilizaron ese escudo. En esta imagen observamos símbolos del papa Clemente VIII (Ippolito Aldobrandini, 1592-1605), que se encuentran en el techo de la Basílica San Giovanni in Laterano, en Roma. Es digno de resaltar la calidad artística de ese escudo. Ejemplos de escudos del papa Pablo III (Alessandro Farnese, 1534-1549) y de Gregorio XIII (Ugo Boncompagni, 1572-1585), que tenía como símbolo en colorado medio dragón de oro, aparecerán en palacios, calles, fuentes, monedas y retratos. El del papa Sixto V (Felice di Peretto

Ricci, 1585-1590), maravilla artística, constituía una verdadera imagen de poder, un auténtico “retrato” del Papa que excedía lo meramente formal. Apreciamos otros escudos como el del famoso papa Pablo V (Camillo Borghese, 1605-1621), con su reconocido emblema del dragón y el águila del Imperio. Los Barberini, en este caso Urbano VIII (Maffeo Barberini, 1623-1644), con sus famosas abejas. Originariamente, esta familia se llamaba Tafani da Barberino y su escudo estaba compuesto por tres tafani (tábanos), para luego ser cambiados por las más amables abejas. Apreciamos también el de Inocencio X (Giovanni Battista Pamphili), cuyo escudo aparece en la Fontana dei Quattro Fiumi en Piazza Navona, obra del famoso artista Bernini. En diversos monumentos, fachadas e interiores de palacios, en iglesias, se disponían todos estos símbolos que daban testimonio de la presencia y el poder de los papas. Por ejemplo, el escudo del papa Clemente XII (Lorenzo Corsini, 1730-1740), que se encuentra en el pórtico del célebre Palacio Trivulzio en Milán.

Otro de los elementos simbólicos de los sumos pontífices es el Ombrellino, Umbrellino o Padiglione. Vemos en esta imagen de un manuscrito iluminado del Concilio de

Constanza del siglo XV, al Papa bajo un paraguas o parasol. Un nuevo ejemplo se advierte en esta moneda papal Sede Vacante de 1758, donde observamos el Umbrellino acompañado del escudo de un cardenal perteneciente a la familia Colonna.

Despierta curiosidad que el Santo Padre Juan XXIII (Angelo Giuseppe Roncalli, 1958-1963), próximo a ser canonizado por el papa Francisco, adoptó uno de los varios escudos que traían distintas familias Roncalli del norte de Italia. No puede constatarse su pertenencia a la familia cuyo escudo adoptó. En el uso heráldico, hay a veces “préstamos” y, obviamente, nadie iba a criticar al “Papa Bueno” por hacer suyas unas armas que no le pudieren corresponder.

Otro de los elementos simbólicos es el anillo papal o anillo del pescador (*anulum piscatoris*) también llamado pescatorio. Observamos aquí el de Inocencio XI (Benedetto Odescalchi, 1676-1689), que se encuentra en el Museo del Hermitage en San Petersburgo, Rusia. Del lado interior está el escudo de los Odescalchi y del otro lado la figura de San Pedro, presente en todos los anillos papales. Vemos ahora el anillo papal de Su Santidad Benedicto XVI (Joseph Ratzinger, 2005-2013) y el del papa Francisco (Jorge Mario Bergoglio, 2013), con San Pedro sosteniendo en su mano derecha las llaves. Si

bien el actual Pontífice podría haber dispuesto se le confeccionara un anillo de oro sin ocasionar gastos a la Santa Sede (ya que la costumbre de la Iglesia era que al morir un Papa, su anillo con el que se validaban los documentos papales se destruía y con ese oro se confeccionaba el del nuevo Pontífice), prefirió, en un nuevo gesto de austeridad, que dicho anillo sea confeccionado en plata.

Me referiré ahora a la mitra, el palio y la férula. La mitra es la denominación del gorro obispal, el palio es una estola de algodón blanco con cruces y la férula (*baculus pastoralis*), o cruz del pescador, es la cruz que llevan los sumos pontífices siempre ceremonialmente en la mano izquierda. Aquí observamos a Su Santidad Juan Pablo II (Karol Wojtyła, 1978-2005) con mitra, palio y férula. El palio le rodea el cuello, la mitra sigue con esa decoración de los *circulus* y *titulus*, a lo que se suma la férula. Vemos a Benedicto XVI con una mitra de forma diferente y con la cruz del pescador. La que utilizaba pertenecía al papa Pablo VI (Giovanni Battista Enrico Antonio Maria Montini, 1963-1978). Finalmente, observamos al papa Francisco también usando mitra y férula, la que sostiene con su mano izquierda, en razón de que la derecha se utiliza para

bendecir a la grey.

La más de las veces, los escudos papales fueron emblemas familiares. Algunos de los escudos de los últimos papas no contaban con emblemas familiares, ya sea por la propia decisión de no ponerles o porque no los poseían.

La mayoría de los últimos escudos papales que veremos, fueron diseñados por un reconocido heraldista de la Iglesia: monseñor Bruno Heim. Fue él quien creó el escudo de Juan Pablo I (Albino Luciani), “el Papa de la sonrisa”, cuyo pontificado apenas duró treinta y tres días. Después hizo lo propio con el de Juan Pablo II. En la imagen que proyectamos se observa la “M” en un hueco de la cruz excéntrica de su escudo. Dicha letra significa María, ya que el Santo Padre era devoto de la Virgen María. Durante un encuentro que mantuve en Lisboa con monseñor Heim, me confesó que trató por todos los medios de evitar poner la “M” de María, forma muy evidente, y sí incluir en sus bocetos algunos de los símbolos que reconocen emblemáticamente a la Santa Madre de Dios: la flor de lis y la estrella (Stella Maris). No obstante, finalmente, Juan Pablo II ratificó querer la “M”, desapareciendo flor de lis y estrella.

Observamos el escudo del papa Benedicto XVI con piezas que se relacionan con su misión episcopal, dado que fue Arzobispo de Munich.

Por último el escudo del actual Pontífice, que está timbrado con la mitra. Como hemos visto, Francisco utiliza la mitra y no la tiara con las tres coronas. Durante el pontificado de Benedicto XVI se comenzó a utilizar este tipo de timbre, lo que no significa que si uno pone una mitra con tres coronas se equivoque emblemáticamente. La Heráldica no tiene que ver sólo con un dibujo, sino con un concepto y mientras se coloquen lo que en Heráldica se denominan timbres u ornamentos exteriores – los que corresponden a una jerarquía papal, arzobispal, etcétera– no hay inconveniente. Muchos creen que si eso cambia se modifica el escudo y no es así.

En el escudo del actual Romano Pontífice está el emblema de la Compañía de Jesús, que recuerda su origen jesuita; una estrella, que el sitio oficial vaticano señala como el símbolo más común de la Virgen María (aunque a fuer de verdad, el más utilizado fue la flor de lis, seguido por la rosa y finalmente la estrella), y un ramo de nardos. Al recordar su escudo episcopal, advertimos que continuó con las mismas características. Desde el punto de vista gráfico, los nardos de su escudo episcopal se asemejaban a un racimo de uvas. Por eso, un buen uso heráldico es aquel en el que las figuras utilizadas se estilizan,

representando cabalmente lo que se quería manifestar, en este caso el nardo. Esta flor evoca la devoción del papa Francisco a San José y la estrella, obviamente, su devoción a la Virgen María.

Heráldicamente podemos describir el escudo del papa Francisco de la siguiente manera: de azul un sol de oro con el monograma de Jesucristo, la cruz todo de colorado y en punta tres clavos negros, emblema de la Compañía de Jesús. En punta del escudo, a la diestra, una estrella de oro y a siniestra un ramo de nardos de lo mismo. Su lema “miserando atque eligendo”, frase tomada de San Pedro que, en una traducción bastante libre, significaría “amándolo lo eligió”.

Éste es el escudo de Su Santidad Francisco y una sintética visión de la emblemática papal. Muchas gracias.

**De Bergoglio a Francisco. Por monseñor Eduardo Horacio García, Obispo Titular de Ipagro y Auxiliar de Buenos Aires. Pro Vicario de la Arquidiócesis de Buenos Aires. Por decreto 2588 del 30 de diciembre de 2014 sería reconocido como Obispo de la Diócesis de San Justo.**

Buenas tardes. Me han pedido realizar una exposición acerca de Bergoglio, el papa

Francisco, como si fueran dos personas, aunque en cierto sentido se podría decir que sí. Pero yo digo que no, porque de hecho todo lo que observamos en este momento del papa Francisco es algo que hemos visto durante quince años en la Ciudad de Buenos Aires. Lo mismo que ha dicho, que pensaba, que hacía, lo sigue haciendo en la Iglesia universal desde otro ministerio, desde otro lugar y con una responsabilidad mucho mayor. Vamos a hablar de un estilo de vida, una integridad de pensamiento, un carisma por todo el servicio y un modo de pensar la vida, el Evangelio, la fe y la Iglesia. Quién es y cómo es el papa Francisco son las preguntas que los días subsiguientes hacían los periodistas allá en Roma, quién es Bergoglio. Estoy acostumbrado a decir que es a quien vieron en la ventana, no otro. Las pocas palabras que dijo en el discurso inicial lo pintaron de cuerpo entero. Por un lado marcaron su línea de pensamiento y su actitud fundamental como pastor. Desde aquel sencillito “buenas tardes”, algo que para nosotros es muy común decir. En la alocución con la que inició su ministerio petrino, no le habló a los ángeles sino a los hombres. Dijo “buenas tardes” como un deseo, mostrando a un hombre profundamente humano que ha compartido la

vida normal y corriente de los hombres. Por eso se comunica como lo hacen los hombres: los que trabajan, los que se cruzan por la calle, los que se conocen o se dan a conocer. Ese “buenas tardes” habla de un hombre que también, más allá de lo humano, está buscando la comunión, acercándose allí donde el hombre está y como es. Sin tratar de forzarlo ni de demostrar nada, sino afirmando esta verdad: Dios está allí donde está el hombre que lo busca con un corazón sincero. No hacen falta protocolos para el encuentro con Dios, como tampoco votos propios, como es en este caso el mensajero que está en su nombre apacentando en el pueblo de Dios. Es el inicio de un diálogo: “buenas tardes”. No les dijo “amadísimos hermanos”, cosa que nadie pudiera responder, sino “buenas tardes” y obtuvo una enorme respuesta de toda la plaza. Eso habla de alguien que abre un diálogo con la gente, que está golpeando la puerta de la casa y el corazón de los hombres esperando a ser recibido. La diferencia es que no se trata de una casa sino de la casa de la Iglesia universal. Como aquel que en nombre del Dios real siempre que va de visita lleva algo, él trae nada menos que a este Dios que quiere hacerse vida en cada uno de los hombres.

El papa Francisco es aquel que, después de entrar saludando, se presenta sencillamente

poniendo a la Iglesia y al pueblo de Dios como protagonistas de ese momento. Dice “mis hermanos los cardenales”. No habla de los cardenales como el cuerpo cardenalicio. “Mis hermanos cardenales fueron a buscar un Papa al fin del mundo” no es un lavarse las manos, sino un mostrar que todo ministerio de la Iglesia no viene a partir de los propios méritos, porque él sea el mejor, el más inteligente, el más capaz, sino que es una elección que se media a través de acciones humanas. En este caso, los hermanos que lo fueron a buscar tan lejos. Ésta es una frase que utilizó siempre. Incluso cuando ordenaba obispos decía: “Te fueron a buscar a la cola del rebaño, sos el último, nunca olvides eso”. Y él no lo olvida, porque dijo que lo fueron a buscar al último punto del mundo. Es un hombre que no se cree más de lo que es, sino que sabe que todo es gracia y elección de Dios. Por misericordia, misericordiado, porque él inventa palabras. Sería misericordiado y elegido, en su traducción personal. Es decir, Dios no tuvo misericordia de él y lo eligió. Sé que suena muy *sui generis* y más aún el concepto de Francisco. Misericordiado y elegido tienen un lugar muy grande y él nunca se cansa de hablar de misericordia. Si uno se detiene en los textos diarios de sus

homilias de Santa Marta, él habla todo el tiempo y profundamente de la misericordia como la actitud básica desde la cual se implanta en nuestros corazones la fe, el saber que somos amados más allá de lo que somos, por pura misericordia, por gratuidad. Somos amados en nuestra pobreza, misericordizados en nuestra fragilidad, en nuestra miseria, con un amor que nos celebra y dignifica.

La primera palabra que le escuché inventar a Bergoglio fue cuando falleció el cardenal Antonio Quarracino, en 1998. En la Misa de cuerpo presente, dijo en su despedida que “era un gran perdonador”. Y en eso sintetizó, sin entrar en detalles, un gran perdonador, es decir que a todo aquel que se acercaba les daba palabras de perdón, aliento y esperanza. Desde estas palabras somos misericordizados de la misericordia, del perdón. Así podemos entender el agradecimiento a la comunidad de Roma a la que le habla en primer lugar: a los presentes, a quienes lo están esperando bajo la lluvia. Tiene ese gesto de cercanía y, como dije antes, los saluda. El saluda a todo el mundo. En Santa Marta, desde el ascensorista hasta la señora que sirve el café. No son gestos impostados de ahora, sino gestos de siempre. Él es un hombre que siempre saluda con la misma calidad y calidez.

Estos gestos de los saludos y la cercanía uno los

ve ahora en la Plaza San Pedro. Se acerca a todos, a los enfermos, a los niños que toma en sus brazos y besa. Eso ya lo hacía de otra manera. En fiestas como la de San Cayetano, donde había una fila de varias cuadras, antes de celebrar la Misa saludaba uno por uno, sin importar hasta donde llegara la fila. Desde su perspectiva, “esta gente está aquí rezando, esperando, con frío, bajo la lluvia”. Éste es el gesto del padre que se acerca a animarlos, no desde una palabra sino sencillamente dando la mano y besando a los niños. Un gesto muy humano pero que trasciende desde lo humano. No puede faltar en este mensaje el agradecimiento. Agradece a la gente que se haya quedado ahí bajo la lluvia y en este agradecimiento no puede faltar la oración y la gratitud por Benedicto XVI. Es absolutamente consciente del momento de gracia que está viviendo. El Espíritu sopla cuando quiere y como quiere. Agradece a su antecesor, quien tuvo la valentía para hacerse a un costado y dejarle las manos libres a Dios. Si hay una gracia, que es la prudencia del Papa, es porque hay otra gracia. Es la de un hombre que de ningún modo se aferró a su lugar y su poder sino que al contrario, consciente de su edad y fragilidad, tuvo por obra de Dios la valentía, inusitada para nosotros, de

renunciar. Este agradecimiento de Francisco a Benedicto XVI termina siendo otra cosa, la memoria que él tiene hacia todos aquellos que nos precedieron.

Por un lado, cuando él inició su vida como Bergoglio Arzobispo de Buenos Aires puso un énfasis muy grande en el cuidado del hogar sacerdotal, que es aquel adonde van los sacerdotes que tienen más de setenta y cinco años o aquellos que se encuentran enfermos. Una dedicación muy grande para que el hogar esté bien. Que no sea un depósito de ancianidad, sino un lugar digno para vivir. Desde el llamado constante para ver cómo están hasta compartir con ellos el almuerzo de Pascuas y tantas otras cosas. Esta memoria agradecida hacia aquellos que nos precedieron, sin los cuales nosotros no estaríamos aquí ni él sería quien es ahora, el Papa, tiene también otro rostro. Él pocas veces cuenta que siendo muy chico heredó su fe de una abuela suya, quien un Viernes Santo lo llevó al Via Crucis y al final, cuando pasan al Cristo yacente, ella le dijo: “Ponte de rodillas, este es Jesús. Hoy está muerto pero mañana va a resucitar”. Eso es lo que le quedó grabado en el corazón. Son las cosas de la vida, la fe pascual. La que nos confirma el Papa, nació con el anuncio que le hizo su abuela. No vino de un ángel directamente, ni tampoco la descubrió en

los libros de Teología. Provino de su abuela, quien le transmitió la fe.

Pensaba, una vez que terminara este año, su tiempo o prórroga como Arzobispo de Buenos Aires, irse justamente a vivir al hogar sacerdotal. Pero evidentemente los planes de Dios son otros. Él es consciente de su lugar y cada palabra es hablada desde el corazón. Entonces lo que brota de él tiene que ver con lo que ha rezado, pensado, trabajado. Cuando habla y dice que él es el Obispo de Roma, no es una frase demagógica, ni para quedar bien. Ciertamente es el Obispo de Roma. Está hablando de la colegialidad de la Iglesia, la colegialidad en la conducción de la Iglesia. Lo que él preside no es más que esa colegialidad ofrecida a la caridad y al servicio. Él no es más, como acostumbraban a decir acerca de la función del Obispo. El Obispo es armonía, aquel que crea la armonía, el que preside creando la armonía, armonizando los distintos carismas de toda la Iglesia. Él tiene esa creencia profunda. Dudo que haya tenido tiempo para ensayar su mensaje papal, si bien tardó una hora en salir. Creo que no tenía nada escrito. De tanto rezarlas, pensarlas y vivirlas, las palabras quedan escritas en el corazón. Ésa es la letra que más vale, porque es aquella que sale espontáneamente.

El Papa tiene un lenguaje sencillo. Como podemos escuchar, habla de manera que lo entienda aquel que tiene una cultura pobre porque no tuvo posibilidad de acceso. Si lo entiende él, lo puede entender aquel con mayor cultura. Y no es porque el Papa no tenga un pueblo teológico. Todo lo contrario, tiene un pueblo muy grande. Pero sin embargo la Teología, cuando pasa del intelecto a la experiencia, se desensilla porque se hace vida. No hace falta explicar demasiadas cosas, basta tener los gestos que provoca la Teología en el corazón cuando están tamizados por la gracia. No se trata simplemente de conceptos aprendidos sino con experiencia de vida.

Como señalé al comienzo, esto que vemos que está haciendo Francisco con la Iglesia universal es lo que ha hecho a lo largo de quince años por nosotros en Buenos Aires. Podemos decir que ensayó con nosotros. Todo lo que él plantea en este momento, la Iglesia universal como lugar de comunión, de misión, de encuentro, la Iglesia como casa de todos, es lo que nos planteó a nosotros. El pastor no es para él un mandatario o un príncipe que está por encima de los demás. El verdadero pastor debe tener olor a oveja. Se sabe involucrar y mezclar con la gente, justamente para entender lo que vive la gente y darle esa respuesta de Dios que necesita

escuchar. A cada uno, allí donde esté y en la situación que esté, debemos tratarlo con una soltura y una simpleza muy grandes. Como lo hizo Francisco en su diálogo con los periodistas regresando de Río de Janeiro. Les habló mano a mano, al igual que en ese reportaje que le realizaron para la televisión cristiana sobre temas en los que hay que estar preparado a responder por sí o por no. Es fundamental transmitir viviéndolo desde la caridad. Ésta no lastima. La caridad es verdad, pero una verdad tan llena del amor misericordioso de Dios que termina siendo suave en el corazón. No se trata de la fuerza intelectual de la verdad filosófica, sino de la fuerza del amor. Por eso ha abordado temas difíciles como la homosexualidad o la separación conyugal con una altura que no se desentiende de la realidad. Francisco habló con realidad y acercó un mensaje. En la puerta de la Curia hubo una batahola con periodistas que preguntaban: “¿Es cierto que este nuevo Papa va a imponer el sacerdocio femenino y la píldora del día después?”. Este Papa no inventa nada nuevo. Su prioridad es la misión, la Iglesia de puertas abiertas. Esto no solo se entiende por una Iglesia a la que puedan entrar todos, sino también para que los que estén adentro puedan salir a buscar a

aquellos que no están. No se trata de una Iglesia que se queda sentada a esperar a los hombres sino que sale a compartir la vida de los hombres. En el planteo de una Iglesia misionera que está constantemente anunciando, no con la palabra sino con la vida comprometida con la voluntad de los hombres de este tiempo, sigue apareciendo un tema que me parece fundamental: el saludo de Francisco a sus hermanos obispos. Aparece el mensaje de la misión que es el tema de la cercanía como un gesto concreto y no demagógico de la Iglesia. La encarnación es la cercanía de Dios. Dios se hace hombre a través de Jesús. En su inmensidad desciende para sentirse cercano, para hablar nuestro lenguaje, sentir nuestros sentimientos, vivir como nosotros. La encarnación del cuerpo, el misterio más grande de la fe de la Iglesia, traduce a cercanía afectiva y efectiva con nosotros, cercanía que debe involucrar todos los gestos. Ante la pregunta de si de vez en cuando ayudamos a alguien, deberíamos plantearnos si lo miramos a los ojos. ¿Le tiramos una moneda para sacarnos al pobre de encima? Cuando salimos a la calle, ¿evitamos mirar a los ojos? La cercanía de Dios es la cercanía del afecto.

Francisco tuvo un gesto que conmovió al pueblo de Dios, poniendo en silencio a toda la plaza San Pedro y también a nosotros que lo

observábamos por televisión. Fue el de bendecir al pueblo de Dios y pedirle su oración intercesora para que el Espíritu, que lo unge como cabeza de la Iglesia, esté presente en su vida. No fue un gesto improvisado. Los que lo conocimos como Bergoglio, como en mi caso que tuve la dicha de compartir con él diez años trabajando en el mismo lugar, recordamos que después de cada encuentro, de cada entrevista, se despedía de nosotros con un “recen por mí”. En cada tarjeta, carta que él enviaba, siempre terminaba con un “recen por mí”. Esto que hacía siempre, todos los días, fue lo que hizo en la plaza: le pidió a la gente que rece por él. No era una carta o una entrevista, era su encuentro con el pueblo de Dios. Aquello que pidió siempre lo sigue pidiendo, pero ahora a toda la Iglesia. No es una forma piadosa, es un convencimiento. La elección viene de Dios, pero la gracia de la fidelidad y de la fe viene de la oración intercesora del pueblo de Dios. Es una profesión de fe en la fuerza de la oración.

Y esto nos habla de otro tema que también se ha mencionado muchísimo en estos días sobre Francisco: sus zapatos. Salieron en todos los diarios, son los zapatos más famosos de la historia. En el primer discurso del día sábado,

pronunció la frase “una Iglesia pobre para los pobres”. Se habló mucho de su austeridad, de su pobreza. Ciertamente es un hombre austero, pobre, felizmente pobre, porque es la pobreza de quien sabe que para su misión no necesita nada más que un corazón dispuesto a dar. No es una pobreza impuesta, porque no es un hombre que no tenga. Al contrario, él recibió muchas ayudas. Es un hombre que da. Quienes le hemos regalado algo, sabemos que a Bergoglio todo lo que se le regale tiene fecha de vencimiento. Es un estilo de vida de aquel que no necesita. Entonces todo lo regala, lo entrega y lo comparte. He visto que después de la Navidad, su despacho en la Curia se llenaba de todo tipo de regalos que la gente le enviaba. Era una montaña que a los pocos días había desaparecido. No quedaba nada, desde el turrón más pequeño hasta el juego de lapiceras más importante y algún producto de reconocida marca. Él no tenía noción de las marcas. Regalaba absolutamente todo. No hablamos de un pobre que se pone en pose, sino de quien la vive. Hay una anécdota que conté varias veces en este transcurso. Después de su nombramiento, yo estaba por ir a Roma. Me llamó el zapatero e informo que tenía los zapatos del Papa. Le pedí que me los trajera porque me iba al día siguiente. Así lo hizo, en una caja. A todo esto, él me había pedido que le lleve su agenda

telefónica, que es una Norte atada con una gamita. Cuando estaba en Ezeiza, unos jóvenes me dijeron: “Queremos tocar los zapatos del Papa”. Entonces abrí la caja y me encontré con unos zapatos viejísimos, con una suela gastada, un décimo de la suela normal. ¡Catorce mil kilómetros para llevarle esos zapatos, no es justo!

Los gestos del papa Francisco no son un invento del presente, porque él cree y vive como Papa lo que creyó y vivió como sacerdote y Obispo. No hay diferencia entre lo que él es y lo que él hace. Por eso uno experimenta que sus gestos son genuinos. Con una sola diferencia: están potenciados por una gracia especial del Espíritu que le regaló una alegría manifiesta y desbordante, que hace que sea un hombre alegre. Hay que tener una gracia muy especial para poder manifestar lo que se hace muy visiblemente como un hombre que sabe que las cartas de la vida están echadas y que no tiene nada que perder. Que puede hacer aquello que le brota del corazón sin cuidarse, con esa certeza que el Espíritu le venía dando y que le va brotando del corazón. Dentro del ministerio, no ser ni más ni menos de lo que fue pasando a lo largo de todos estos años como pastor en la oración, en el encuentro con la gente, en la

meditación profunda de la palabra. Entonces con esa tranquilidad puede él animarse a hacer muchas cosas. Me causa asombro. Él sabe que la vida está en manos de Dios y que hay un después, que es la vida eterna que le da esa confianza y esa alegría.

**El papa Francisco y el Protocolo.** Por Guillermo J. Fogg, Doctor en Ciencias Políticas y Diplomáticas. Presidente de la Academia Argentina de Ceremonial. Coordinador del Grupo de Trabajo de Ceremonial y Protocolo del CARI.

El Grupo de Trabajo de Ceremonial y Protocolo del Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales, desde su creación en 2012, promueve el estudio del Protocolo y su aplicación como auxiliar de las relaciones internacionales en su propósito de estrechar los vínculos entre las naciones y afianzar la paz mundial.

Inmediatamente después de que asumiera el papa Francisco, decidimos realizar una jornada dedicada a él para analizar la forma en que aplica el Protocolo. Cuando pusimos esta propuesta a consideración del doctor Adalberto Rodríguez Giavarini, Presidente de la institución, recibimos su apoyo decidido. Como resultado de

ello, organizamos la presente jornada con la participación de prestigiosos oradores, quienes se han referido al papa Francisco en una forma integral que excede ampliamente nuestro objetivo inicial.

Cuando el Santo Padre asumió, los argentinos nos sentimos orgullosos y llenos de alegría. Por primera vez había un Papa nacido aquí, en el fin del mundo. El cardenal Jorge Mario Bergoglio dejaba de ser nuestro para convertirse en pastor universal. En pocos meses, la popularidad de Francisco creció con un torrente renovador imparable.

Cuando habla de tender puentes y no levantar muros, nos llena de esperanza. En esta difícil tarea, aplicó un estilo diferente de liderazgo en la Argentina y ahora lo hace para todo el mundo, llenando un vacío que se reclamaba: fortalecimiento de la moral, honestidad, austeridad, transparencia, autocrítica, justicia, amor y búsqueda de la paz.

Para el papa Francisco, el Ceremonial y el Protocolo tienen una importante participación. Él se desenvuelve con una sencillez, humildad y humanidad sorprendentes, todo lo cual constituye un signo que pasa a caracterizarlo. Se acerca a la gente prescindiendo de su seguridad, abraza a los ancianos, besa a los niños, toma un mate

con quien se lo ofrece, está abierto a todos.

Sus primeras palabras como Papa, cuando se dirigió a los fieles reunidos en la Plaza San Pedro y al mundo, fueron “Buona sera”, buenas tardes, rompiendo así una liturgia centenaria. Con pequeños gestos en las formas protocolares, está dando un mensaje profundo. Se aparta de lo suntuoso y de las que son las prerrogativas que le corresponden por su cargo, pero permanece fiel y respetuoso del Protocolo, las precedencias y costumbres del Vaticano. Como Jefe de la Iglesia, no podría ser de otra forma.

Otro ejemplo que lo caracteriza se relaciona con la cruz que ha elegido llevar como Sumo Pontífice: es significativa y se contrapone con la utilizada por sus antecesores, confeccionada en oro, mostrando a Cristo crucificado. La cruz del papa Francisco evoca a Jesús, el buen pastor que lleva sobre sus hombros a la oveja descarriada, mientras otras se le acercan. Esta cruz es la que lo acompaña desde su época de Cardenal Primado de la Argentina.

Este nuevo Papa, con sus principios y los cambios que está efectuando, representa un hecho absolutamente nuevo en la historia de la Iglesia. Recientemente, el famoso filósofo y escritor italiano Umberto Eco lo definió como “el Papa del mundo de la globalización, [que] está en línea con la evolución de la cultura global”.

Las expectativas que el papa Francisco carga sobre sus hombros son inmensas. Recién comienza su lucha.

Que Dios bendiga, ilumine y acompañe al Santo Padre en su difícil peregrinar. Que la Virgen María lo proteja. Que Dios bendiga a la Argentina y a todos nosotros. Muchas gracias.

Para citar este artículo:

Fogg, Guillermo J.; Castro, Jorge; McGarrell, Luis; García Eduardo Horacio (2015), “Argentinos trascendentes: La asunción del papa Francisco” [disponible en línea desde agosto 2015], Serie de Artículos y Testimonios, N° 109. Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales. Dirección URL: <http://www.cari.org.ar/pdf/at109.pdf>